

por lo menos en lo que se refiere a uno de los aspectos de la poesía.

Otros poetas han encontrado su camino, además del que representa la renovación del léxico, en la pintura del ambiente y color regional. Los brasileños, en este sentido, han demostrado notables progresos y algunos de sus poemas tienen el tono, el color y el grado casi perfectos. En nuestro país los poetas siguen, casi todos, sólo tres líneas; la greguería, las palabras en libertad y un término medio, de transición, podríamos decir, que es el adoptado por Raúl Lara.

El libro (1) de este poeta empieza diciendo:

Sólo de tocarlo
con sus manos blancas,
el alba
abrió los ojos
del paisaje ciego.

Esto no es malo, pero tampoco es bueno. Desde el punto de vista actual, es indefinible. Hay ingenio, pero el ingenio no es la poesía. Sigue:

Trémula visión de la Samaritana,
una campesina
vuelve de la noria
trayendo en sus brazos
un cántaro de agua.

Luego,
con su túnica blanca
y la humilde sandalia,
yo oí decir al alba
su divino sermón, en la montaña.

Hay musicalidad, pero nada más. La música antes que nada, pero también algo más que la música.

Lo mismo que palabras extendiendo
[sus alas,
de sus labios rodaron
lentamente los pájaros;

Hay en estos tres versos una aproximación deliciosa. ¿En qué consiste esa aproximación? No lo sabemos. Hay sugerencia, las palabras expresan más de lo que dicen. Pero:

o bien,
era su voz un ruido de campanas,
dulce como la fruta
que cae de las torres. . .

Aquí cambia el estilo y ya no hay nada. ¿Qué podríamos decir a este poeta? Que busque. Es lo único que se puede hacer.—*M. Rojas.*

ROSA Y PALOMA. (Cantos), por *María Julia Gigena.*

Aunque extraviada no poco en caminos ajenos, esta poetisa argentina lanza su primer libro cuando ya dejó muy atrás la época del balbuceo literario.

Finura de espíritu, forma correcta casi siempre, aunque sin dominio total de la expresión rítmica, esta «Rosa y Paloma» pone en evidencia un rico temperamento poético.

Cuando logre desprenderse totalmente de algunas influencias bien marcadas que su libro deja ver, ganará su verso en personalidad y en emoción.

Habilidades de forma que Góngora trajera a la lírica castellana, y que García Lorca resucitara con éxito no discutido, están en este libro (1) de María Julia Gigena,

(1) Editorial Run-Run. Santiago, 1932.

(1) Cía. Impresora Argentina. Buenos Aires, 1932.

sin la gracia del original. En la página 17, dice: «están en el «muelle, muelle», y en la página 27: «Yo quiero la noche, noche».

Pequeñas fallas de la inexperiencia, seguramente las irá borrando de su obra futura, y tendremos así a otra gran poetisa suramericana.

Para regocijo de los lectores de «Atenea», transcribimos íntegro su poema «La niña que alegra la orilla del mar»:

¡Qué alegre cantar
nos llega del mar!
¡Qué linda la niña
que lo hace rodar!

Arenas de oro
debiera pisar
la niña que alegra
la orilla del mar.

En sus piernas blancas
las olas aplauden,
y canta la niña
para el mar y el aire.

Las gaviotas bajan
para recoger
las gotas de canto
que deja caer.

Callada se vuelve
al caer la tarde;
lleva agua en los ojos
y espuma en el talle.

¡Qué niña esta niña,
la niña de nadie,
que canta tan sólo
para el mar y el aire!

ACHALAY. (Poemas del lugar Calchaquí), por *Rafael Jijena Sánchez*.

Este poeta argentino que con «Verso Simple» se hiciera aplaudir con entusiasmo muy justificado por la crítica chilena, colocándosele entre los mejores poetas que tiene América en la hora que vive, ha

publicado la tercera edición de sus poemas criollistas.

Siempre hemos creído que la literatura regional, mejor diríamos lugareña, tiene mérito bien relativo para el que la juzga en otra tierra y bajo otro cielo. Se aprecian la maestría del autor en lo que atañe a la forma y al dominio del decir popular, pero casi nunca logra transmitirse la emoción que estremece. Acaso Vicente Medina, con sus «Aires Murcianos», sea la excepción en esta generalidad que afirmamos.

Este libro (1) de Jijena Sánchez, que obtuviera el primer premio Municipal en Buenos Aires, muestra el talento poético de su autor y su evidente señorío de la forma. Pero nos quedamos con su «Verso Simple», que canta la vida del hombre en el mundo, sin encasillarla en un rincón pintoresco de la tierra argentina. Más humano y más fuerte, con más honda vibración, vivirá mucho más que este hermoso libro de cantos regionales.

El temor a que los errores de imprenta desfiguren la belleza de su poema «A la Virgencita del Valle», nos impide copiarlo aquí. El lenguaje popular en que está escrito dificulta la transcripción.

EL MINUTO AZUL. (Poemas Románticos), por *Horacio Zúñiga*.

No hace muchos meses, y en esta misma sección de «Atenea», co-

(1) Cía. Impresora Argentina. Buenos Aires, 1932.